

MANUEL ARROYO

POR TIERRA

EDICIONES DEL EQUILIBRISTA
MÉXICO, 1992

Funcionaban casi como una empresa. La Dirección había tomado medidas para que no se hiciesen citas después de las seis de la tarde y se consideraba obligatorio el descanso los fines de semana. Se intentaba así poner un límite a la alienación y a la fatiga producidas por la militancia en las durísimas condiciones en que entonces se ejercía. No hay de hecho un instante de sosiego cuando se vive en todo momento acechado por el enemigo. Los que ocupan la mesa de al lado en una cafetería o en un restaurante, los viajeros del mismo vagón en el tren, los que se cruzan con uno al caminar por la acera, los que miran como reconociendo a alguien, los que fingen no mirar, los que no miran: todos pueden ser el enemigo, cualquiera puede delatar. El militante sale a la calle con la pistola escondida atrás, en la cintura o en la axila; lleva colgada del cinturón una pequeña bomba de mano del tamaño de una pelota de golf, en el bolsillo una cápsula de cianuro.

La cápsula se había perfeccionado mucho en los últimos tiempos. Inicialmente la envoltura era de una sustancia plástica poco resistente y bastaba morderla con fuerza para romperla. Pronto se

descubrió que el plástico alteraba después de un mes la composición del cianuro, provocando una reacción química que reducía sensiblemente el efecto letal.

Se empezó entonces a usar una cápsula fabricada con el mismo material que se emplea para las caries dentales, un esmalte duro pero frágil que se quiebra fácilmente con un mordisco. Existía la posibilidad de tragarse la píldora sin haberla mordido —por error o por nervios le había sucedido a muchos—, pero como no se disolvía en el estómago el problema solía tener remedio.

Cuando se descubrió que las fuerzas de seguridad estaban empleando productos anticianóticos para anular los efectos del envenenamiento se fabricó un tercer tipo de pastilla, una especie de solución final. Consistía en una cápsula de cristal que al ser mordida producía cortes en las encías o en la lengua; el cianuro al contacto con la sangre hacía un efecto rápido, irremediable.

A los militantes les costaba mucho al principio meterse la pastilla en la boca, por mucho que se les asegurase que la cápsula era segura. Pero era cuestión de acostumbrarse, y las razones de seguridad lo imponían. Casi todos llegaron a hacerlo con gran naturalidad. Bastaba recordar lo que podía suceder si se caía vivo en manos del enemigo para que se evaporasen todos los temores y sólo se pensara, llegado el caso, en procurarse una muerte digna y rápida.

La granada, que se colgaba del cinturón, por detrás, era del mismo modelo que usaba el ejército. Las de fabricación propia eran demasiado grandes para llevarlas siempre encima. Las reglamentarias del ejército, fabricadas con poca metralla, eran muy poderosas y muy efectivas como arma de defensa personal, que era para lo que realmente se necesitaban. Con ese armamento y la

cápsula de cianuro debajo de la lengua se dirigía el militante al punto de la cita.

A Chacho lo secuestraron un viernes catorce de enero, poco después de las cinco de la tarde. Había sido una semana agotadora y llena de sobresaltos. La represión entonces, a los diez meses del golpe militar, seguía siendo implacable y cada día más eficaz.

Era la última cita de esa semana, con un compañero de su mismo ámbito, un subordinado directo que estaba a cargo del Departamento de Logística Especial. Tan enigmático nombre encubría a los encargados de la compra de armas fuera del país. Hacía pocos días que ese compañero había regresado después de negociar con un traficante de confianza probada, la compra de un importante alijo de fusiles. Chacho tenía que precisar con él una serie de detalles sobre el desembarco de ese material.

El mecanismo para acudir a las citas era muy complejo. De hecho era la acción individual que entrañaba mayor peligro. Apenas se producían caídas de militantes en operaciones armadas, y muy raramente en controles generales, casi siempre montados al azar en estaciones, en cruces de carreteras, a veces en algunos restaurantes. Por el tipo de represión a que se enfrentaba la guerrilla casi todas las caídas se producían en citas de funcionamiento. Se habían convertido en una verdadera operación militar y se tomaba todo tipo de precauciones. A veces se acudía con custodia, cubriendo toda la zona con protección incluso de armas largas. Para todos los militantes, hasta los de nivel más bajo, era obligatorio llevar la cápsula en la boca.

Chacho había terminado con una cita previa a las tres de la tarde. Le quedaban dos horas hasta su cita con Antonio y decidió

volver a su casa para hacer tiempo. El lugar de la cita no estaba lejos de su casa, y se sentía muy cansado.

Cuando llegó a la puerta de su apartamento estaba sonando el teléfono. Entró de prisa y descolgó el aparato. Era José, uno de los pocos compañeros que conocían su domicilio. De hecho a través de José había alquilado Chacho ese piso y como el portero ya lo conocía no despertaba recelos con sus visitas. José lo llamaba desde un bar cercano y quería comentarle algo. Chacho le dijo que tenía casi dos horas, que se acercase cuando quisiera. Diez o quince minutos después José llamó a la puerta. Se hicieron un café y en poco tiempo estaban los dos sentados en el pequeño salón-comedor.

José era de rango inferior a Chacho y tenía una idea confusa de lo que estaba pasando en la organización. Sólo sabía lo evidente: que estaban pasando por muy mal momento, que las caídas eran tan continuas que había grandes dificultades para reponer los cuadros.

Chacho durante la conversación se muestra pesimista y resignado, pero quiere evitar desmoralizar a José, hombre voluntarioso y completamente entregado al partido que no logra ver el alcance del desastre sufrido, ni mucho menos el que se avecina. Intenta que José, por sus propios análisis, llegue a la misma conclusión a que ha llegado el propio Chacho hace pocas semanas: la certeza de que no hay esperanza de resistir el acoso del ejército. Pero Chacho, además de una mayor capacidad de análisis, tiene sobre todo una información que José nunca ha tenido ni va a tener.

Un mes escaso antes de esta conversación Chacho había recibido por conducto reglamentario un mensaje anunciándole que el secretario general del partido, camino del exilio, iba a dormir una

noche en su casa. Razones de seguridad habían aconsejado que toda la dirección se pusiese a salvo en el extranjero. La represión se había acercado tanto a la cúpula de los cuadros dirigentes que hacía peligrar la existencia misma del movimiento.

Chacho había recibido al secretario con un abrazo, precedido del saludo reglamentario. Se observaban en el partido costumbres y jerarquías militares con mayor rigidez que en el propio ejército. El secretario y Chacho se conocían desde que la guerrilla era tan sólo un núcleo de universitarios de clase media obsesionados por la revolución cubana y por el ejemplo del Che. Llevaban años, toda su vida adulta, en ese negocio, como lo llamaban familiarmente. Ninguno de los dos había cumplido treinta y cinco años. Nada más sentarse, Chacho entró directamente en lo que le preocupaba. Sabía que el secretario general era el único que podía tener una idea exacta de la situación en que se encontraban.

“Escucha, por una vez quiero hablarte no como a un superior jerárquico, sino como viejo amigo, de veterano a veterano. Los dos llevamos metidos en esto mucho tiempo, le hemos dedicado la vida y siempre hemos tenido, creo yo, una idea clara de lo que hacíamos, de los riesgos que corría el movimiento y de la situación en que estábamos. Quiero hacerte algunas preguntas que me tienen muy preocupado.” Después de una breve pausa continuó. “Yo tengo la impresión de que nos están aniquilando, de que nos están destruyendo. Mi duda es que puedo estar equivocado, que puedo tener una visión muy parcial de la situación. Yo sólo controlo el sector al que pertenezco y no sé lo que puede estar pasando en los otros. Tú tienes una visión mucho más amplia, puesto que estás en la cúspide de la pirámide, recibes información y controlas todo el